En torno a los Caracteres de Teofrasto

Consideraciones, notas, propuestas

Los *Caracteres* de Teofrasto, aunque cuidadosamente estudiados y comentados hasta ahora por helenistas famosos, continúan presentando no pocos puntos controvertidos, de los cuales algunos no están aún suficientemente aclarados y otros están destinados a quedarse sin una solución definitiva y convincente, puesto que el texto que poseemos, en la forma y en el orden, se aleja muchas veces del texto originario, en mayor o menor medida.

El problema más delicado para quien se apresta a leer esta agradable y singular obrita está representado, precisamente, por las dudosas condiciones del texto que, transmitido con muchas corrupciones y lleno de gran número de interpolaciones, no ha sido saneado, en muchos puntos, con correcciones ni seguras, ni oportunas, ni de todas formas satisfactorias.

Añádase la cuestión más complicada de la composición de algunos capítulos. En efecto, aparte de los distintos puntos, en los que el texto nos ha llegado evidentemente corrupto, se advierte en los *Caracteres* 1, 5, 15, 16, 19, un particular desorden tan evidente, a veces, como difícil de desenredar. En éstos se leen pasajes, que no siempre y no a todos parecen claramente conexionados con lo que precede o con lo que sigue, ni parecen responder exactamente a la definición inicial del Carácter examinado. Los pareceres de los filólogos a este respecto son muy discordes. Y precisamente, porque el texto se presenta acá y allá interpolado seguramente por uno o más interpoladores cuya mano divisamos en algunos puntos con toda seguridad,

Universidad Pontificia de Salamanca

muy fácilmente nos dejamos inducir a dudar también de otros pasajes del texto transmitido y que sin embargo se pueden mantener.

Ocurre así que algunos filólogos juzgan espurios ciertos pasajes que a otros parecen sin duda puros. De tanta incertidumbre valga sólo un ejemplo. Pasquali, como nos dice De Falco [1], después de haber propuesto y sostenido la transposición de la segunda mitad del Cap. 5 (6-10) al final del Cap. 21, se vio obligado a examinar nuevamente su tesis porque el Cap. 5 «se lee en un papiro de Filodemo de la misma forma en que aparece en los manuscritos bizantinos». Así pues, los párrafos incriminados fueron puestos en su lugar. Más tarde el mismo Pasquali volviendo sobre el argumento en la recensión [2] al trabajo de Navarre [3], que había mantenido, junto con otros, la transposición de los párrafos 6-10 desde el Cap. 5 al Cap. 21, se inclinó una vez más a aceptar dicha transposición.

Estando así las cosas, no serán acaso inútiles nuestras modestas consideraciones que se refieren, en particular, al proemio y a los capítulos más discutidos y tal vez interpolados (1; 5; 15; 16; y 19). En las cuestiones de crítica textual, y no son pocas, todas las veces que nos ha parecido oportuno y posible hemos defendido el texto *tradito*, pero nunca con exageración.

Sobre el Proemio

El texto de los *Caracteres* va precedido, como es sabido, por un prólogo conservado en casi todos los códices y que sin duda no pertenece a Teofrasto, sino a un imitador de época más reciente. La mayor parte de los estudiosos cree que éste ha sido compilado en época bizantina por un gramático desconocido que ha intentado imitar, sin lograr sin embargo su propósito, la prosa de Teofrasto. Unterstei-

1 Teofrasto: *I Caratteri*, texto, introducción y comentario de G. Pasquali (Florencia 1956) p. 21.

2 G. Pasquali, 'Recensión a Navarre', en *Gnomon*, 2 (1926) 83 ss, 247 ss.

3 O. Navarre, op. cit. Véase O. Navarre, 'Theophraste, quelques conjectures sur le texte des Caractères', en *Revue des étud. anc.*, XX (1918), p. 213 ss; S. Feraboli, 'Perplessità su passi del *Caratteri* di Teofrasto', en *La Parola del Passato*, XIX (1974), pp. 251-256.

Universidad Pontificia de Salamanca

ner [4] sostiene, en cambio, que dicho proemio sería, por lo menos hasta la mitad del párrafo 4, del sofista Hipias.

De todas formas se trata de una página seguramente espuria, en que el autor afirma haber llegado a los 99 años de edad y haber tenido así mucho tiempo y oportunidad de estudiar el carácter de sus contemporáneos, estar en contacto con muchos y varios «tipos» humanos, y hacer una diligente comparación entre los «buenos» y los «malos» y finalmente puede poner por escrito los resultados de su investigación y sus observaciones directas y recoger ejemplos de vicios y virtudes, para que sus hijos y los del amigo Policles, al cual simula hablar, puedan imitar a los buenos evitando en cambio los modales de los malos.

El estilo de este prólogo es ampuloso, oscuro y cohibido, y no se asemeja en nada al estilo de Teofrasto. Las razones de orden estilístico deberían ser suficientes para refutar su autenticidad. Pero, aparte de la diferenciación de estilo, se pueden advertir en el proemio algunas faltas graves que citaremos en el mismo orden con que se presentan en el texto. Primeramente, en el primer párrafo, la absurda pretensión de que el clima de Grecia es uniforme y la afirmación trivial de que los griegos reciben todos la misma educación. Más adelante, en el segundo párrafo, el interpolador nos deja creer que Teofrasto ha llegado a los 99 años mientras Diógenes Laercio (5, 2, 40) nos informa que falleció a los 85. Evidentemente el interpolador, que había oído hablar de la longevidad de nuestro autor, se ha tomado la libertad de presentarnos a Teofrasto casi centenario. Y todavía más: en el mismo párrafo, al final, se hace referencia a los «buenos» y a su manera de comportarse, mientras los 30 capítulos de la colección presentan sólo caracteres «malos».

Vamos a detenernos precisamente en esta declaración del anónimo que puede parecer extraña. En verdad, para avalorar la tesis de que el proemio es espurio, se insiste demasiado, a nuestro parecer, sobre este particular. Puesto que el autor del proemio afirma que pretende escribir «lo

4 M. Untersteiner, 'Il proemio dei *Caratteri* di Teofrasto e un probabile frammento di Ippia', en *Riv. di Fil. Cl.*, (1948) lss; G. Sontag, *Dissertatio in proemium Characterum Theoprhasti* (Leipzig 1787).

Universidad Pontificia de Salamanca

que practican en la vida los buenos y los malos», nos preguntamos sorprendidos dónde describe Teofrasto las virtudes [5]. Pues nos parece demasiado apresurada la postura asumida en general por los estudiosos por lo que se refiere a esta particular cuestión que, aun no siendo de mucha importancia, necesita todavía una solución más o menos convincente. Es preciso preguntarse si no es demasiado simple pensar que el interpolador, quien, como suponemos, tuvo el propósito de engañar al lector o hacer pasar por genuino su proemio, haya hecho alusión a los hombres virtuosos, sin justificación alguna. Los interpoladores de ordinario se guardan de los errores muy evidentes o groseros.

Es preciso, pues, que aclaremos en cierta manera la afirmación de nuestro interpolador, proponiendo algunas soluciones. Ante todo se puede suponer que el anónimo ha querido decir que sus hijos y los del amigo Policles, por medio de la lectura de los *Caracteres* pueden darse cuenta de unas maneras de comportarse reprochables y ridículas y aprender así, indirectamente, a comportarse bien evitando la manera de comportarse de los «malos». En efecto, el programa de Teofrasto en esta obra, como parece claro también a un lector superficial, es, más o menos, el de Horacio: *Ridentem dicere verum quid vetat?* [6].

El lector de los *Caracteres* advierte pronto que el escritor no desea enseñar la virtud, o por lo menos tomar el asunto demasiado en serio. Resulta, en cambio, evidente que en su obrita ha pretendido concederse una diversión literaria, descuidando las lucubraciones científicas más profundas a las que dedicó toda su vida y mostrar sus capacidades de humorista. La suya es una moral práctica, descriptiva, que se saca indirectamente de las raras manías y malas costumbres de sus extraños personajes, con los cuales él mismo se ríe deseando que el lector también se ría. Postura ésta que en Teofrasto puede derivar de los cursos de moral de su gran maestro, en particular de la *Etica Nicomachea*, de la *Eudemea* y de los *Magna moralia*, obras en que a menudo, con pocas e idóneas palabras y a

5 Véase, por ejemplo, la introducción de Pasquali: op. cit., p. XIII.
6 *Sat.* 1,1, 24-25.

Universidad Pontificia de Salamanca

veces con la adición de anécdotas muy breves, se esbozan caracteres de personas esclavas de alguna debilidad [7].

En fin, si la precedente afirmación pareciera artificiosa y no enteramente satisfactoria, es lícito, a nuestro parecer, imaginar que en la edición original de Teofrasto, junto con los caracteres de hombres «malos», hubiera algún otro de hombres «buenos». Un solo carácter de hombre «bueno» habría sido suficiente para justificar la locución incriminada de nuestro proemio. Por eso, no es acaso inoportuno poner en evidencia cómo nadie hasta ahora, en lo que a nosotros nos consta, ha sospechado de la autenticidad del proemio del I libro de las *Fábulas* de Fedro, en el cual se lee que en ellas el poeta hará hablar no sólo a los animales, sino también a las plantas. Citamos los versos:

> Calumniari siquis autem voluerit
> quod arbores loquantur, non tantum ferae,
> fictis iocari nos meminerit fabulis (Prol. 5-7).

Bien, a pesar de esta declaración explícita, en ninguna de las muchas fábulas contenidas en los cinco libros, que nos han llegado, leemos de plantas que hablan. Encontramos un único ejemplo de árboles que hablan en la fábula del leñador y del hacha, conservada en las paráfrasis medievales [8]. Sin duda, es preciso considerar esta fábula como de Fedro (y tal vez pertenecía precisamente al libro primero, en cuyo prólogo se habla de plantas hablantes) y, como afirma Marchesi [9], «no es necesario pensar que existieran otras del mismo género (es decir de árboles hablantes) porque una sola es suficiente para justificar la declaración del prólogo».

Así pues, puesto que la obra de Teofrasto no nos ha

7 Es posible aún hallar antecedentes de los *Caracteres* en ciertas páginas de contenido ético de la *Retórica* de Aristóteles y de la *Retórica* de Platón.

8 (An. Leid., XLIV): «Después de hacer el hacha, el hombre pidió a los árboles un mango de madera muy fuerte. —'Toma el acebuche'— contestaron todas las demás plantas, y el hombre tuvo el mango, lo ajustó al hacha, y empezó a cortar ramos, troncos de los árboles y todo lo que quería. La encina dijo entonces al fresno: —lo hemos merecido de veras, ya que fuimos nosotros los que dimos el mango a nuestro enemigo'—. Al enemigo jamás hay que prestarle nada».

9 C. Marchesi, *Storia della letteratura latina*, Vol. II, 8.ª ed. (Principato 1952) p. 88.

Universidad Pontificia de Salamanca

llegado en su forma originaria (aparte del proemio han sido identificadas muchas otras interpolaciones no menos evidentes e inoportunas: tales están comúnmente consideradas, por ejemplo, las «conclusiones», que, de vez en cuando, resumen, en forma fútil, el pensamiento de nuestro autor sobre cada carácter), no nos parece exigir demasiado, si queremos suponer que en el texto original figuraba también algún carácter, por lo menos uno solo, de personas de bien.

Aceptada esta hipótesis, no es difícil darse cuenta de cómo y por qué después habrían sido eliminados del texto los caracteres, o el único carácter, de personas de bien. Estos últimos, casi con seguridad, no habrían suscitado el mismo interés de los caracteres «malos» ni habrían sido presentados y descritos por el autor con la misma vivacidad y con la misma vena brillante y ágil. Así pues, por ambas razones, con el tiempo habrían sido dejados aparte y excluidos del texto.

Una tercera hipótesis, tal vez más agradable, podría ser finalmente ésta: el anónimo se referiría en el proemio también a los «buenos» porque él mismo había previsto añadir a los caracteres «malos» otros «buenos», que, identificados muy pronto y declarados espurios, habrían sido excluidos después. El interpolador habría tenido una idea más o menos semejante a la del amigo de Ovidio, aquel Sabino, el cual, como leemos en el II libro de los *Amores* [10], quiso, por su cuenta, escribir en versos elegíacos las contestaciones de los héroes (Ulises a Penélope, Hipólito a Fedra, Eneas a Dido, etc.) a las *Heroidas* de Ovidio, a aquellas apasionadas cartas de amor, que, según la fantasía de Ovidio, les habían sido enviadas a ellos por sus amantes (Penélope a Ulises, Fedra a Hipólito, Dido a Eneas, etc.).

De los capítulos más controvertidos: 1; 5; 15; 16; 19

Sobre la hipocresía (cap. 1)

Se ha aludido anteriormente a las dificultades que presenta la interpretación de unos capítulos a causa de

10 *Amores*, 2, 18, pp. 27-28.

Universidad Pontificia de Salamanca

cierto desorden que se advierte en su composición aquí y allá. A éstos pertenece el capítulo 1, que a la mayor parte de los estudiosos les parece interpolado, probablemente por el mismo interpolador del proemio. En efecto, a los filólogos no siempre y no todo lo que se lee en este capítulo les parece conformarse con la definición inicial. Según Pasquali [11]: «El Bizantino (el hipotético interpolador) ha puesto sus manos por completo en un solo carácter. El «irónico» del primer capítulo no es sólo un simulador de sus propias cualidades, alguien que se da escasa importancia a sí mismo, como la definición daría a entender, sino, al menos en ciertos momentos, es un tipo que se complace en la mentira por la mentira, un artista de la falsedad».

Sin embargo, nosotros no creemos que el asunto se plantee en estos términos. A nuestro parecer, es preciso comprender bien la definición, y en particular establecer la significación exacta de la oración προσποίησις ἐπὶ χεῖρον πράξεων καὶ λόγων que en ella se lee. En nuestra opinión aquí la εἰρωνεία debe ser identificada con la «hipocresía y el εἴρων con el «hipócrita», que nunca revela sus verdaderos sentimientos, antes bien, intenta esconderlos lo más posible. Y la oración προσποίησις ἐπὶ χεῖρον πράξεων καὶ λόγων tiene que entenderse «una fingida postura de modestia y de humildad en los actos o en las palabras, precisamente de quien no queriendo darse a conocer a sí mismo y sus propias ideas, por costumbre se esconde so capa de hipocresía. Por lo demás ¿qué era la famosa εἰρωνεία socrática, sino una disimulación de ignorancia e ineptitud en el juicio sobre los hombres y las acciones de los hombres? Leyendo con atención el capítulo, y sobre todo poniendo de relieve todo lo que el autor no dice claramente, sino deja entender con facilidad (en los *Caracteres* generalmente se sobreentiende cuanto puede sobreentenderse), se nos da cuenta de cómo todo lo que se ha dicho del εἴρων, período por período, oración por oración, corresponde al carácter del hipócrita, quien, por ejemplo, habla con personas que odia, sin mostrar rencor para con ellas; alaba, cuando están

11 Op. cit., Pref. p. XIV.

Universidad Pontificia de Salamanca

presentes, a los mismos que, ausentes, suele criticar; rehusa recibir a quien le pide una entrevista urgente, porque quiere reservarse el tiempo para reflexionar y decidir, entretanto, sobre la manera de portarse.

Las frases que acostumbra a decir cuando le solicitan su parecer sobre una cuestión son: «acabo de llegar y no sé nada de lo que me preguntan», «se me hizo tarde y por eso tengo prisa, no puedo escuchar», «no he estado bien de salud y por lo tanto no he podido ocuparme del asunto». Para no comprometerse contesta evasivamente, con medias palabras, que no dicen nada, o con frases de este tipo: «no sé nada»; «¿es posible?»; «no lo puedo creer»; o bien «habla del asunto con otro». Y si ha visto u oído algo, afirma no haber visto y no haber oído. Si con anterioridad ha dado ya su consentimiento, después dice que no recuerda.

Planteada así la interpretación del I carácter, cada locución, cada frase adquiere una significación propia precisa y siempre totalmente unida a la definición inicial de la εἰρωνεία. ¿Dónde estarán entonces y cuáles serán esos «ciertos momentos» de que habla Pasquali, de los que se sacaría la sensación de que el irónico «no es sino un tipo a quien le gusta la mentira por la mentira, un artista del engaño?».

A nosotros, en cambio, nos parece que todas las palabras y las actitudes de nuestro personaje brotan de su naturaleza, que le lleva a esconderse y a no revelar en absoluto sus verdaderos sentimientos. Interpretación ésta que parece confirmada por las palabras del interpolador en la conclusión, donde se aconseja evitar a «las personas no leales y engañosas», con evidente e inequívoca alusión a los hipócritas que tienen la costumbre de no hablar nunca con lealtad y no revelar jamás a nadie lo que de veras piensan; y hacen esto, no por el gusto de la mentira, como entiende Pasquali, sino con el firme propósito de engañar a su prójimo con su equívoca actitud. En fin, nosotros estamos convencidos de que este capítulo no ha sido interpolado nunca y que sólo es espuria la conclusión.

De las conclusiones morales, que se leen al final de muchos capítulos se ha hablado ya. Vienen siendo consi-

Universidad Pontificia de Salamanca

deradas apócrifas [12] y quizá, de época bizantina, esto es, cuando los *Caracteres* de Teofrasto fueron introducidos en las escuelas como libro de moral. Son períodos insustanciales, en los que el interpolador generalmente parafrasea mal la definición inicial, más o menos igual que los muchachos, quienes, a veces, no sabiendo cómo concluir su propia composición, repiten con frases vulgares el sentido del esquema que les fue dado.

Sobre la complacencia (cap. 5)

Se ha hablado ya del capítulo 5, y se ha dicho que, al aparecer su composición en evidente desorden, se ha intentado llevarlo a su forma originaria. Se ha hablado también de las vacilaciones de Pasquali, que en un primer momento trasladó los párrafos 6-10, más de la mitad de nuestro capítulo, al final del capítulo 21 («sobre la ambición mezquina»); después los devolvió a su lugar, es decir, al final del capítulo 5 [13], en el que figuran precisamente además de en los manuscritos también en un papiro de Herculano [14]; más tarde, en fin, reseñando el mencionado trabajo de Navarre [15], quien había mantenido la transposición de los párrafos discutidos del capítulo 5 al capítulo 21, declaró que aún estaba dispuesto a aceptar dicha transposición.

En efecto, es muy difícil explicar el nexo que uniría la segunda parte de nuestro capítulo con la primera (1-5); mientras está claro que lo que se ha dicho en el párrafo 6, al final, corresponde más que al ἄρεσκος, al «complaciente», al μικροφιλότιμος, al «vanidoso». En efecto, las actitudes de las que se habla en la segunda parte del capítulo 5, son todas características no de una persona preocupada por parecer

12 En general se creen apócrifas las conclusiones de los *Caracteres* 1; 2; 3; 6; 8; 28 y 29. Pasquali añade a la lista de las conclusiones interpoladas también la del Carácter 10.

13 Op. cit., pp. 9-10.

14 Cf. D. Bassi, 'Il testo più antico dell' ἀρεσκείας di Teofrasto in un papiro ercolanese', en *Riv. di Fil. Cl.*, (1909), pp. 397 ss; y O. Navarre, 'Le papyrus d'Herculanum 1457 et le texte des Caractères de Théophraste', en *Revue des Etudes Anciennes*, 23 (1921) 261 ss.

15 *Caractères de Théophraste*. Commentaire exégétique et critique... (Les Belles Lettres, Paris 1924).

Universidad Pontificia de Salamanca

complaciente a su prójimo, sino de quien está interesado en mostrarse no sólo a sí mismo, sino también sus propios asuntos y guardarse pequeñas satisfacciones personales. Sobre esto no cabe duda. Si leemos todo el capítulo 5 tal como se encuentra en la tradición manuscrita, nos damos cuenta en seguida de hasta qué punto es ardua e ímproba la tarea de querer sostener cualquier nexo lógico entre los párrafos 6-10 y los cinco primeros.

¿Qué tiene que ver con el tipo del complaciente un hombre que, por ejemplo, se afeita y se corta el pelo muy a menudo, y a quien le interesa mucho la blancura de sus dientes; que deja parte de sus vestidos aún en buen estado; pasea todo perfumado; se preocupa de sentarse en el teatro cerca de los estrategos; habla a todo el mundo de unas compras que ha hecho por cuenta de unos amigos de Bizancio, de Cícico, de Rodi; posee una palestra propia para hospedar a los sofistas y a los maestros de esgrima o de música, para que tengan allí sus clases; un hombre que llega siempre a dichas clases con retraso, para que le observen y todo el mundo diga: «he aquí el dueño de la palestra»? Quien hace este tipo de cosas, en lugar de ser agradable a su prójimo, ¿no parece ser un vanidoso, o más bien, una persona que busca satisfacciones mezquinas?

Ciertamente los párrafos 6-10 que sin duda en el capítulo 5 no están en su lugar, pueden leerse sin embargo, sin que el sentido sufra del todo, al final del capítulo 21. En efecto, éstos, aunque en los manuscritos y en el citado papiro de Herculano figuran en el captulo 5, no encajan aquí de ninguna manera con lo que precede y sobre todo no tienen nada que ver con la ἀρέσκεια Por lo tanto si el papiro de Herculano nos ofrece el capítulo 5 con el apéndice de los párrafos 6-10, de los que parece imposible establecer, ya se ha visto, algún nexo con los párrafos 1-5, la corrupción de dicho capítulo debe remontar a época muy lejana.

Por eso diremos que el mérito de haber comprendido el primero que los párrafos 6-10 estaban fuera de lugar corresponde a Casaubon. Su tesis es compartida hoy por casi todos los críticos, algunos de los cuales (el mismo

Universidad Pontificia de Salamanca

Casaubon, Schneider, Bloch y Hartung) creyeron en el primer momento que los párrafos 6-10 debían ser considerados como un Carácter aparte, que Casaubon tituló: περὶ βαναυσίας ο ἀπειροκαλίας («del mal gusto», o «de la incapacidad de distinguir lo hermoso y lo bueno»). Sin embargo, la mayor parte de los críticos considerando también que al eventual Carácter 31 le faltaría el período introductorio y así pues la definición con la cual empiezan los 30 capítulos de la colección, han preferido introducir los párrafos 6-10 en el capítulo 21, poniéndolos precisamente, unos (entre ellos Foss) después del párrafo 4 (λίθου ἔσται), otros (Jebb) después del párrafo 5 (ἀποδοῦναι), otros (Ast, Buebner y Navarre) al final del capítulo (εὐημερεῖ). A nosotros la última solución nos parece la más probable [16].

Sobre la hurañía (cap. 15)

Discutido es también el capítulo 15, «sobre la hurañía», que algunos estudiosos consideran mutilado. No estamos de acuerdo y, de la misma manera que sostuvimos antes la integridad del capítulo 1, pensamos ahora que tampoco falta nada en este capítulo y que es necesario mantenerlo tal como se encuentra en los manuscritos y considerarlo también completo.

El asunto está en estos términos. Diels afirma que la conclusión del Carácter 15 está mutilada por dos razones: la primera porque éste resulta ser el capítulo más breve de la colección; la segunda porque en el último párrafo aparece bruscamente interrumpida la frase que lo introduce: δεινὸς δὲ καὶ... lo que deja suponer que el autor pretendía añadir algo más que la sencilla frase τοῖς θεοῖς μὴ ἐπεύχεσθαι. Del mismo parecer es Navarre. Refutar la primera de las razones aducidas por Diels es fácil. Para rebatirla no sólo es lícito objetar que de los treinta capítulos uno tenía que ser necesariamente el más breve, sino también anotar que hay otros capítulos (el 12: «De la

16 Para este carácter 5 cf. además C. Gallavotti, 'De quinto ἀρεσκείας Theophrasti characterismo', en *Boll. di Fil. Cl.* 35 (1928).

Universidad Pontificia de Salamanca

oportunidad»; el 13: «De la excesiva atención»; el 14: «De la lentitud de los reflejos»; el 17: «De la queja»; el 24: «De la soberbia») con sólo unos pocos renglones más que el nuestro. El capítulo 12 es sólo tres renglones más largo; cuatro el capítulo 13 y el 17; seis el 16 y el 24.

Por lo que se refiere al capítulo once, el último párrafo nos parece que éste, por su contenido, es suficiente y completamente apto para concluir el capítulo. El autor, después de haber llamado nuestra atención sobre ciertas acciones de particular tosquedad, que son propias del αὐθάδης, termina diciendo que éste no es sólo grosero con su prójimo, a veces también incluso con los objetos inanimados (ver el párrafo 8 [17], «si por la calle tropieza, hace alharaca contra aquella piedra»), sino que no respeta ni siquiera a los dioses, a los cuales, por su descarado y presumido carácter no intenta rezar, como si pensase, como sutilmente explica Valgimigli, en sus notas a la traducción de Nieri ya citada [18]: «¡eh! al fin y al cabo que no me asusten tampoco ellos».

El autor ahora no va más allá, porque, es obvio, no puede ir más lejos después de que nos ha dicho que su «grosero» no sólo se enfada con sus semejantes, sino también con las cosas e incluso con los dioses. Aquel inicio del párrafo once, δεινὸς δὲ καὶ que hace suponer a Diels, como dijimos antes, que Teofrasto piensa añadir más que las palabras τοῖς θεοῖς μὴ ἐπεύχεσθαι, sobre todo por la presencia del intensivo καὶ («hasta, incluso») nos lleva en cambio al pensamiento conclusivo de la sacrílega violencia contra los dioses, es decir, del acto más grosero y reprochable, al cual el αὐθάδης puede ser empujado por su misma naturaleza.

Sobre la superstición (cap. 16)

También la interpretación del capítulo 16 se presenta algo difícil a causa de un triple orden de dificultades. En primer lugar, porque no es siempre posible comprender y

17 Véase la traducción de Nieri (Giusti, Livorno 1982).

18 *Teofrasto, I Caratteri volgarizzati da I. Nieri.* Prefazione e note di M. Valgimigli (Florencia 1954).

Universidad Pontificia de Salamanca

explicar convenientemente la significación de los diferentes actos de conjuro, a los que recurre «el supersticioso», queriendo luchar contra su «miedo a la divinidad»; después, porque un período entero (el párrafo 13) se une mal con los que le preceden y con los que le siguen; finalmente porque el texto está corrupto en más puntos [19].

Dejamos aparte la primera cuestión, la que se refiere a la no siempre fácil o posible explicación de los ritos de purificación. Se sabe que éstos, en cualquier rincón del mundo, en todos los pueblos y en toda época, también en la nuestra, presentan en general aspectos raros, que desconciertan, llegando a veces a ser absurdos, cuyo origen no siempre es fácil buscar y descubrir.

Por lo que se refiere a la autenticidad del párrafo 13, éste sabe mucho a nota marginal, entrada en un segundo tiempo a formar parte del texto. Y que se trata de un período interpolado, más que por el sentido mismo de las palabras que lo componen y que fatigosamente se insertan en el contexto, se argumenta por la presencia de δόξειεν que interrumpe bruscamente la larga serie de los infinitivos consecutivos (se cuentan veinte en los doce párrafos precedentes, y tres más en los dos siguientes que concluyen el capítulo).

Quedan las dificultades de mayor importancia: las que derivan de las corrupciones sufridas por el texto. Detengámonos haciendo algunas consideraciones sobre los pasajes más discutidos.

Empezamos con una expresión, ἐπιχρονῆν (párrafo 2), que se lee en el códice Vaticano y constituye una *crux* de no fácil solución. A decir verdad, se han intentado varias correcciones y todas deben ser tenidas en cuenta dado que la voz ἐπιχρονῆν no tiene sentido alguno. Reservándonos sugerir e ilustrar más adelante la nuestra, presentamos, por el momento, de entre las diferentes conjeturas hechas sólo las que nos parecen más aceptables:

19 Es notorio que los códices *Parisinus A* y *Parisinus B* del siglo XI, además del proemio y los primeros 15 capítulos, contienen de toda la segunda parte de los *Characteres* sólo los párrafos 6-16 del último capítulo, 30, «Sobre la avaricia». Los capítulos 16-30 nos los da el códice Vaticano del siglo XIII, que empieza precisamente con este título «Dai caratteri di Teofrasto: cap. 16: carattere della superstizione».

Universidad Pontificia de Salamanca

a) <ἐπὶ, τῷ μὴ> ἐπιχεσθαι («para evitar la contaminación»): propone Holland, que explica así: «Para quitar la antigua *crux interpretum* ἐπιχρονῆν Immisch había puesto tres condiciones: la corrección tiene que tener un motivo, explicar la lustración de las manos y considerar la hora de la mañana. Su propuesta ἐπιχρωσιν <καθάρας> satisface sólo la primera condición. Lo más probable es que en ἐπιχρονῆν se esconda una forma o un derivado de ἐπιχρωννυναι, que puede significar también «manchar» (v. ἐπίχροια schol. Nic. *Ther.* 758) e implica una contaminación, como Immisch y Meiser (*Phil.* 70, 447 ἐπιχρωσαείς, naturalmente αἵματι) admiten. Yo creo que las tres condiciones encuentran su realización satisfactoria si se entiende esta primera lustración como profiláctica. Para ser inmunizado contra la contaminación, el δεισιδαίμων se lava las manos, pues con ellas toca cosas que le ponen en un peligro mayor y más cercano; las otras partes del cuerpo, vestidas o desnudas, basta con rociarlas y seguramente él hace esto pronto, antes de salir; para estar completamente seguro toma en la boca también una hoja de laurel. El pasaje siguiente muestra que sale. En la casa tiene quizá un περιῤῥαντήριον o lo ha encontrado en un templo cercano, o bien un autómata del género de Herón. Su principal preocupación es el μὴ μιαίνεσθαι (párr. 9). La consagración órfica que se sucede cada mes (párr. 12) —o, según el cambio de sitio de las palabras propuesto por Immisch, en el que no creo, la aspersión repetida al comienzo de cada mes— puede tener sólo un sentido profiláctico, porque no se menciona ningún motivo».

b) ἐπίχρωσιν <καθάρας> («después de haber quitado una mancha»): Immisch (v. supra la crítica de Holland en su nota ya citada).

c) ἐπιθιγών ἠρίου («después de haber tocado una tumba») Ilber Nieri aceptando esta conjetura, traduce: «el supersticioso es una persona que, habiendo pasado sobre una tumba...» [20].

20 Valgimigli anota: «La palabra del texto es discutida. Se trata, de cualquier modo, de un día o un lugar o una circunstancia de mal agüero. Y entonces el supersticioso recurre a varias especies de conjuro y purificación: se lava las manos, asperja su persona con agua lustral (había en

Universidad Pontificia de Salamanca

d) περιτυχὼν νεκρῷ («habiendo encontrado un cadáver»): Van Herwerden.

e) ἐπιδὼν κορώνην («habiendo visto una corneja»): Usener.

f) ἐπὶ κρήνην («cerca de una fuente»): Jebb.

g) ἐπ' ἐννεακρούνου («a la fuente con nueve chorros»): Hanow [21],

h) ἐπὶ Χοῶν («en ocasión de la fiesta de los Bucales o Congios») [22]. Esta corrección, propuesta por Duebner y Foss, fue aceptada después por Navarre y Pasquali [23].

i) Finalmente nuestra propuesta: ἐπὶ χρόνου («a tiempo, en el momento oportuno»; o «de madrugada»): locución más o menos equivalente a la más común: ἐπὶ καιροῦ. Esta corrección no sólo no se aleja mucho del ἐπιχρωνῆν del códice, sino, más aún, da al período entero y a la definición misma del supersticioso un sentido completamente claro y convincente. El δεισιδαίμων diría el autor, es un tipo que por la mañana, apenas levantado, no puede dejar de practicar varios actos de purificación y de conjuro, que durante el día («todo el día») le protegerán de todo género de contaminación. Así pues, por esto, empieza su jornada lavándose muy bien las manos de toda impureza, rociándose

las entradas de los templos vasos en los que se sumergía, a guisa de aspersorio, un ramito de olivo o laurel), tiene en la boca una hojita de laurel. El laurel, consagrado a Apolo, dios ἀλεξίκακος ('que aleja el mal'), era tenido por profiláctico». Como el laurel del párrafo 2, se creía que tenían virtudes purificadoras además el agua del mar (párr. 13), el ajo (párr. 14) y esputar sobre su propia persona (párr. 15).

21 El Ἐννεάκρουνος, «fuente de nueve surtidores», es otro nombre, menos conocido, de la afamada fuente de Atenas, comúnmente llamad Καλλιρρόη («de la bella corriente»).

22 La expresión οἱ Χόες indica aquí «la fiesta de los 'Congios', o 'jarros' que tenía lugar en Atenas, en el segundo día de las Antesterias». Se repite además en los poetas cómicos Eubulide (*Com.* 1: τοῖς Χουσί: «en la fiesta de los Congios») y Aristófanes (*Ach.* 1211. εἰς τοὺς Χόας: «en ocasión de la fiesta de los Congios») y en Demóstenes (999: τοὺς Χόας ἄγειν: «celebrar la fiesta de los Congios»). Dicho día, en el que se pensaba que las almas de los muertos vagaban por la tierra en toda libertad, era tenido por nefasto, como lo eran el 4 y 7 día de los meses, de los que se hace alusión explícita en el párr. 10 del capítulo 16.

23 Pasquali, aunque con dudas frente al ἐπιχρωνῆν del Vaticano, del que piensa que es una palabra ininteligible, lo que es cierto (en efecto, él se limita a registrar el texto de los manuscritos añadiendo el signo de corrupción: οἷος † ἐπιχρωνῆν † ἀπονιψάμενος) juzga la conjetura de Duebner y de Foss como la mejor entre las muchas establecidas, aun cuando no del todo satisfactoria.

Universidad Pontificia de Salamanca

con el agua santa y poniéndose a mascar una hojita de laurel. Sólo después de haber tomado todas las precauciones se arriesga a salir y a dar una vuelta por las calles de la ciudad.

Superado el obstáculo más importante, hablaremos de otras cuestiones menores de crítica textual:

1) Párr. 4.—La frase ἐὰν παρείαν se integraría entre la conjunción y el sustantivo, con la inserción de un μέν correlativo del δὲ siguiente (ἐὰν δὲ ἱερόν).

2) Párr. 8.—La prótasis (κἂν γλαῦκες) está indudablemente mutilada. Es necesario introducir en ella un verbo, como ἀναχράγωσι (Foss), o κακκαβίζωσι (Cobet), o ἰύζωσι (Diels), u otro de significación semejante, que, se refiera, de todas formas, al canto de mal agüero del mochuelo.

3) Párr. 10.—La última frase de este párrafo tiene que ser también completada o enmendada (καὶ εἰσελθὼν εἶσω στεφανῶν...). El eventual vacío, identificado por Hartung, fue llenado por Diels con un διατελεῖν después de εἶσω: «continúa, pasa el tiempo enguirnaldando». Sin embargo, nos parece más convincente la conjetura de Navarre, quien sin añadir nada al texto *tradito* propone leer στεφανοῦν (se pone a enguirnaldar») en lugar de στεφανῶν: pudiendo explicar la corrupción mejor así.

4) Párr. 13.—Se ha dicho ya que es necesario considerar este párrafo como casi seguramente interpolado; y se ha visto ya la razón.

5) Párr. 14.—También aquí, como en el párrafo 10, el texto de los códices es sin duda corrupto, porque no tiene sentido alguno. Kaiser corrige ἑστεμμένων en ἑστεμμένον; y la frase tiene este significado: «si por casualidad le sucede que ve enguirnaldado de ajo a uno de los que están en los trivios». Para entender estas palabras no muy claras, se podría aceptar la hipótesis de Navarre, que, al menos, parece sugestiva: «Era costumbre cada mes durante la luna nueva poner manjares en las encrucijadas cerca de las estatuas de Hécate. Parte de estos manjares

Universidad Pontificia de Salamanca

servían de comida a los pordioseros; sin embargo, parte se corrompía, despedía mal olor y de vez en cuando era necesario limpiarla. Entonces venían basureros con la cabeza coronada de trenzas de ajos, porque creían que el ajo tenía una especial virtud profiláctica y purificadora (se colgaban las trenzas al cuello de los niños como un talismán). Ahora bien, un supersticioso que de repente se encontraba con estos basureros creía estar contaminado él mismo, y huía, haciendo pronto una purificación inmediata y sumaria vertiéndose agua sobre la cabeza y recurriendo a sacerdotisas especiales, que eran, de ordinario, viejas mujeres. Estas tomaban cierta raíz marina (la escila) o una carroña de perro (el perro era un animal sagrado en Hécate), y así, girando alrededor de la persona que necesitaba purificarse, la cerraban como en un círculo mágico en el que el maleficio y la contaminación no podían ya penetrar y la persona estaba a salvo».

Nosotros, aceptando, al mismo tiempo, la corrección de Kaiser y la explicación de Navarre, proponemos sin transformar el sentido de la frase: a) introducir, después de ἐστεμμένον un <τινα> que rija el partitivo τῶν («uno de los que»); b) o mejor, enmendar el τῶν de los códices en τινά, además del ἐστεμμένων en εστεμμένον («si le sucede que ve en los trivios a alguien enguirnaldado de ajo»).

6) Párr. 14.—Hás adelante, en este mismo párrafo, hay otro punto dudoso. Los códices dan: σκίλλῃ ἢ σκύλακι. Wilamowitz quita las palabras σκίλλῃ ἢ, porque las considera interpoladas. Esta hipótesis suya en general es favorablemente acogida, porque la unión de sustantivos σκίλλα (cierto tipo de «cebolla») y σκύλαξ («perrito») parece a muchos algo rara. Pasquali, por ejemplo, dice: La purificación con raíz fuerte es mucho más cómoda y económica que la purificación por medio de un perro, para ser unida a ella. La primera palabra es variante de la segunda».

Ahora, dejando otras hipótesis poco creíbles, como la de Cobet, que corrije: σκίλλῃ καὶ δαδί, nosotros proponemos:

a) que no se corrija el texto *tradito* y que se entienda como que la purificación se podía realizar, o usando un

Universidad Pontificia de Salamanca

medio vulgar como la cebolla o usando otro más caro, es decir un perro (también los sacrificios religiosos se celebraban en la antigüedad con víctimas y ofrendas de diferente volumen y gasto por parte de las personas ricas y de las pobres;

b) o (si no se quiere aceptar y justificar la unión de σκίλλα con σκύλαξ) que se guarde, y nos parece lo más lógico y natural, la palabra que precede σκίλλῃ, y que se suprima, a lo más, la expresión disyuntiva, ἢ σκύλακι, que tal vez pudiera haber entrado en el texto más tarde, por una nota marginal, integración o explicación del término σκίλλῃ. Alguien que pudiera haber querido apuntar al margen del texto, con la adición de la disyuntiva ἢ σκύλακι que la purificación se podía realizar por medio de un perro; o pudiera haber querido con aquella nota indicar que la palabra σκίλλῃ debería ser considerada como una transcripción errónea de σκύλακι. La expresión ἢ σκύλακι tendría, en este caso, valor interrogativo («o, tal vez, ¿con un perro?») y expresaría la duda, por parte del responsable de la nota, de que alguien copiando el texto de Teofrasto hubiera escrito por error, en aquel punto, σκίλλῃ en vez de σκύλακι.

«*Sobre la suciedad*» (cap. 19)

Se discuten la composición y el texto de este capítulo. Nos disponemos a decir que, después de haber aceptado y demostrado que los últimos párrafos, desde el 8 hasta el final, están fuera de su lugar, y que hay una palabra, ἀναπίπτοντος, que, como no tiene significado alguno, necesita corrección, creemos que no es de ninguna manera necesario recurrir, como generalmente se hace con cierta

24 El códice Vaticano lleva: ἐπιτιμᾶν τῇ αὐλητρίδι, τί οὐ ταχὺ παύσαιτο «reprocha a la flautista porque no acaba pronto». Los *codices recentiores* registran la negación μή en lugar de οὐ. Ribbeck corrige οὐ en οὕτω y παύσαιτο en ἐπαύσατο, modificando el sentido de la frase interrogativa: «porque ha acabado tan pronto». La corrección no es necesaria. En uno y otro caso, de todas formas, se trata, esto es claro, de una inoportuna intervención, en cuanto a la duración de la ejecución, claramente de una competencia de la flautista.

Universidad Pontificia de Salamanca

ligereza en diversos puntos, a otras transposiciones, ni a otras modificaciones del texto, sino que éste tiene que mantenerse tal como nos lo presenta el más antiguo de los códices (*Vaticanus*) [24].

Y, además, en lo que concierne a los últimos párrafos (8-11), no estamos de acuerdo con la conjetura aceptada por los demás, es decir, que éstos tienen que colocarse al final del capítulo 11, «Sobre la chocarrería grosera»; sin embargo, aun convencidos de que lo que se lee nada tiene que ver con chocarrería, proponemos trasladarlos al final del capítulo 12, «Sobre la inoportunidad». Y esto por dos razones. La primera y la más importante es que si añadiésemos al capítulo 11 los párrafos discutidos, encontraríamos, en el mismo capítulo, que la acción vulgar de aplaudir fuera de tiempo durante una función pública, es puesta de relieve dos veces. En efecto, en el párrafo 3 del capítulo 11 se lee: καὶ ἐν θεάτρῳ κροτεῖν, ὅταν οἱ ἄλλοι παύωνται («además el chocarrón grosero aplaude en el teatro, precisamente cuando todos los demás lo dejan»); y en el párrafo 10 de nuestro capítulo: καὶ αὐλούμενος δὲ κροτεῖν ταῖς χερσὶ μόνος τῶν ἄλλων («además mientras asiste a un concierto de flauta, aplaude sólo él entre todos los demás»). Así pues, la misma situación, las mismas palabras (κροτεῖν-κροτεῖν: οἱ ἄλλοι-τῶν ἄλλων) con la variante de αὐλούμενος en lugar de ἐν θεάτρῳ y de μόνος τῶν ἄλλων en lugar de ὅταν οἱ ἄλλοι παύωνται.

Creemos que esto será suficiente para eliminar la hipótesis de que los párrafos mencionados puedan pertenecer al capítulo 11. Pero todava hay que tener presente otra razón. Las acciones descritas por el autor (proferir palabras de mal agüero, mientras la madre va a casa del adivino; tirar la copa y soltar una satisfecha risotada, mientras los demás rezan devotamente y hacen ofrenda de vinos a los dioses; aplaudir inoportunamente, cuando todos los demás escuchan con atención un concierto de flauta; acompañar, silbando, la música; reprochar a la flautista que (¿no?) no acabó con prontitud; y esputar al copero en lugar de más allá de la mesa, parecen todas acciones típicas del ἄκαιρος, del «inoportuno», descrito en el capítulo 12 más que del βδελυρός del «chocarrón grosero» del capítulo 11. Y, leídos nuestros párrafos aña-

Universidad Pontificia de Salamanca

diéndolos al capítulo 12, vemos que éstos ligan muy bien con lo que antes (1-14) se dice sobre el ἄκαιρος.

Establecida de este modo la transposición de los párrafos 8-10, para sanear el capítulo, pensamos que no queda más que corregir una sola palabra, ἀναπίπτοντος del párrafo 5, que no se puede conservar en absoluto. La mejor corrección nos parece la que propone Badham: ἀναπόνιπτος; nuestro sucio se acostaría con su mujer «sin haberse lavado antes». Todo lo demás, como se ha dicho, no necesita corrección; por lo menos no se aprecia la necesidad de ulteriores correcciones. Así pues, cada palabra debe quedarse en su lugar.

Vamos a analizar ahora punto por punto.

1) Ante todo alguien propone tachar la proposición consecutiva que cierra el párrafo 3 (ὥστε... ἀηδής). El período completo dice que el sucio «tiene, como las bestias, las axilas del todo cubiertas de abundantes pelos que llegan hasta las costillas, y los dientes negros y desgastados, de manera que resulta desagradable y repugnante tener tratos con él». De modo que, esta última observación, contenida en la proposición consecutiva, aun pudiendo parecer a alguien [25] «un poco ingenua», no se puede ciertamente decir que no se encuentra en su lugar, ni tampoco que es de escaso efecto: al contrario, después de que se ha hablado, en la parte precedente del párrafo, de úlceras y desolladuras, además de axilas bestiales y peludas y de dientes negros y desgastados. Hay más: los dos adjetivos: δυσέντευκτος y ἀηδής no sólo son muy expresivos, sino que reanudan el concepto, a lo que parece, de desagradable y fastidiosa repugnancia, que en la definición inicial se expresa con otra locución de significado parecido: λύπης παρασκευαστική: («la suciedad es desaliño del cuerpo) apto para procurar disgusto», es decir: repugnante. En fin, allí, en la definición, como aquí en la conclusión del párrafo 3, el autor pone de relieve el significado del instintivo dis-

25 Véase, por ejemplo, Pasquali: op. cit., p. 33, n. 1.

Universidad Pontificia de Salamanca

gusto que generalmente se experimenta cuando damos con personas que tienen escaso cuidado de su cuerpo.

2) Vamos a leer ahora el párrafo 7 (καὶ χιτωνίσκον... ἐξελθεῖν) de cuya autenticidad hay quien duda: «y llega a la plaza llevando encima una tuniquilla pringada o una capa toda consumida y llena de grasa».

Ahora bien, si se interpretan de esta manera el pasaje, y, en particular, los adjetivos παχύν, λεπτόν y μεστόν[26], no se comprende cómo se puede proponer, como algunos hacen, que se excluya del capítulo 19 también este párrafo, juntamente con los cuatro últimos, para ponerlo quién sabe donde. ¿Acaso no se está hablando del sucio? Y ¿no es propio del sucio andar por las calles y plazas, con trajes pringados, lasos y grasientos?

Nos queda aún analizar tres palabras controvertidas: μεγάλους y αὐτόν del párrafo 2, y σφόζεσθαι del párrafo 6.

3) En la primera parte del párr. 2 (ὁ δὲ δυσχερὴς... περιπατεῖν) se dice que el «sucio es más o menos un fulano que anda por las calles con lepra o tiña (o 'manchas blancas en el cutis': cfr. lat. *albus*) y las uñas gruesas». Se discute precisamente este último adjetivo, que se lee en el Vaticano y que fue corregido en μέλανας, (uñas) «negras» por Van Herwerden: corrección que generalmente siguen muchos, puesto que se piensa que con el adjetivo μέλανας se hace referencia aquí a particulares afecciones cutáneas, que hacen negras las uñas. La corrección no es, de ningún modo, necesaria. En efecto, el μεγάλους puede conservarse y traducirse según Nieri: «(las uñas) largas y gruesas». Y se podrá atribuir la expresión τοὺς ὄνυχας μεγάλους, o a una particular enfermedad de la piel, según opina Valgimigli, o a la costumbre de las personas sucias de gandulear con las uñas largas, y, naturalmente, sucias. En este último caso es suficiente dar a la palabra ἀρρωστήματα de la frase

26 Pasquali, aun conservando el pasaje, da una interpretación diferente: «llevando encima una camiseta pesada y un traje muy ligero y llenos de manchas», y anota: «las consecuencias de una camiseta de punto muy pesada llevada sobre la piel son notorias a quien ha tenido tratos con *sportmen* populares o con soldados; ni el poco peso del vestido lo atenúa».

Universidad Pontificia de Salamanca

siguiente en lugar del significado común y específico de enfermedad, el metafórico y genérico de «debilidades», «defectos» físicos o morales, y entender el pasaje entero: «y dice que estos defectos suyos son congénitos»; es decir que se llevan en la sangre.

4) Además el αὐτόν que se lee en el Vaticano, en la última frase del mismo párrafo 2, y que, por descuido, se cree recogido de la frase anterior, ha sido corregido de diferente forma : en αὐτῶν (Meister); en αὐτοῦ (Jebb); παιδίον (Hanow); υἱόν (Diels); ἄλλον (Ruge). Si se quiere hacer una corrección de esta última conjetura de Ruge nos parece, sin duda, la más sugestiva («y no es fácil a otro introducirse a hurtadillas en su familia», visto que éste, el extraño, no lleva en su persona la marca que es propia de la prosapia del sucio: lepra, escaras, uñas largas y negras).

Pero tampoco aquí la corrección nos parece totalmente necesaria, por cuanto es posible respetar el texto transmitido y dar a la expresión εἰς τὸ γένος ὑποβάλλεσθαι el particular sentido de «mentir en lo que concierne a su raza» o bien «traicionar a su raza»; es decir, sustraerse, con engaños, a los empeños de su propia estirpe, renunciando a llevar, de manera visible, lo que son sus contraseñas peculiares. Y ὑποβάλλω, en la forma media, tiene también, como el correspondiente verbo latino *supponere*, el significado preciso de «substituir con fraude», «hacer que pase como suya», además del metafórico de «mentir», si se emplea de modo absoluto, como en nuestro caso [27]. Es oportuno, además, tener presente que el adjetivo correspondiente a nuestro verbo, ὑπόβλητος es empleado, comúnmente, en el sentido de «falso, mentiroso, fraudulento» y de «supposticio, ilegítimo», si está referido a la prole.

Concluyendo, el sucio diría, de otro modo, que, si su abuelo y su padre han ganduleado y gandulean mostrando a todo el mundo las llagas de la lepra, las escaras de la tiña y las uñas gruesas y largas, él tiene el sacrosanto de-

27 Cf. Sóf. *Ai.*, 188-189: εἰ δ' ὑποβαλλόμενοι κλέπτουσι μύθους οἱ μεγάλοι Βασιλῆς. «pero si los grandes jefes mintiendo, difunden furtiva y arteramente falsas noticias».

Universidad Pontificia de Salamanca

ber de hacer lo mismo, si quiere ser digno y no ilegítimo sucesor [28].

5) Finalmente a nosotros nos parece que habría que mantener también el verbo que cierra el párrafo 6 σφυζεσθαι, que leemos en el Vaticano [29], verbo que, considerado *vox ignota* [30], ha tenido varias correcciones: φλύζεσθαι (Ast); rado *vox ignota* [30], ha tenido varias correcciones. φθύζεσθαι (Edmonds); συρίζεσθαι (Diels); ἀποξύεσθαι (Naber); etc...

Nos preguntamos entonces, ¿por qué hay que corregir una palabra que puede conservarse y explicarse fácilmente? O acaso ¿no está abundantemente documentado el uso del verbo σφύζω (dor. σφύσδω), aunque sea sólo en la forma activa? Lo leemos en Hipócrates (1050), dicho del pulsar de las venas, en Sorano (2, 63), dicho del embrión, en Platón (31), en Teócrito (32). Así pues, si en su forma activa, el verbo está empleado comúnmente con el sentido intransitivo de «golpeo fuertemente», puede sin más significar, en su forma media, «me golpeo fuertemente» y, mejor, en nuestro caso específico, «me hago masaje», golpeándome fuertemente. Por eso en el párr. 6 (ἐλαίῳ σαπρῷ ἐν βαλανείῳ χρώμενος σφύζεσθαι) Teofrasto continuando con su enumeración de acciones inoportunas y fastidiosas, que son precisamente las del sucio, dice simple y claramente: «hacerse masaje en el balneario público empleando aceite rancio».

Trad. de Rosa M.ª Herrera.

DIONISIO ALTAMURA
Génova

28 Eficaz y respetuosa del texto transmitido es la traducción de Nieri: «y no era fácil que él pudiera degenerar»

29 Los *codices recentiores* dan una *lectio facilior*: χρίεσθαι («untarse»).

30 Pasquali traduce «untarse», pero advierte: «Traduzco lo mejor posible, porque en el texto es palabra ininteligible (sic!).

31 *Phaedr.* 251: πεδῶσα οἷον τὰ σφύξοντα «latiendo como las arterias pulsantes».

32 XI, 70-71: φασῶ τὰν κεφαλὰν τῶς πόδας ἀμφοτέρως μευ σφύσδειν: «diré que me duelen la cabeza y los dos pies».

Universidad Pontificia de Salamanca